
TERCERA SEMANA

La conversión a Jesús

INTRODUCCIÓN

Juan El Bautista empezó su vida de ministerio con una llamada a la conversión (Mt 3, 2; Mc 1, 4; Lc 3, 3-18).

Jesús da comienzo también a su predicación con el mismo mensaje: "¡Convertíos porque ha llegado el Reino de los cielos!" (Mt 3, 2; 4, 17; Mc 1, 4-15).

Este mismo llamamiento se nos dirige también hoy a nosotros.

¿A quiénes interesa?. Á los que están alejados de Dios y a los que se encuentran ya en camino de salvación. Hay una insistencia constante en el Evangelio de que también necesitan convertirse los que se creen "justos". Si ya éstos, por definición, son convertidos, sin embargo el Señor siempre nos llama a más. El que haya más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión, denota más bien que los noventa y nueve justos son llamados también a conversión (Lc 15, 7)

En forma muy concreta Dios nos dirige hoy este llamamiento a cada uno de nosotros. A todos nos llama de un modo general por el Evangelio, por su Iglesia, que en la Palabra, en los sacramentos y en su oración nos lo recuerda.

De una forma más particular, Dios nos llama a cada uno por nuestro propio nombre. En la vida de cualquiera de nosotros podemos distinguir toda una sucesión de pequeñas y grandes llamadas, de gracias constantes. Es siempre una llamada que resuena en el interior. Todos sin duda hemos sentido más de una vez alguna llamada de Dios, una mirada de Jesús sobre nosotros. No siempre nos hemos interesado, y más de una vez hemos tratado de eludir el encuentro con Él. Nuestras ocupaciones, el deseo de novedades, incluso nuestros fracasos, son muchas veces la forma de escapar de Dios, y de dejar que alguien o algo le suplante, ocupando la atención que le corresponde.

Estas llamadas son los acontecimientos, los momentos dolorosos y los momentos felices que vivimos, las personas, que para el que vive en una gran fe son siempre un mensaje y un don de Dios, los testimonios y buenos ejemplos, y en general todo lo que nos trae el recuerdo del Señor.

1.- Conversión y arrepentimiento

OBJETIVO: *Profundizar en el arrepentimiento para llegar a rendirme más decididamente a Jesús como único Señor.*

A) ¿ QUÉ ES CONVERSIÓN?

1.- En nuestra vida podemos siempre distinguir una **primera conversión**, que para muchos puede haber sido su misma educación cristiana como consecuencia del Bautismo, que para nosotros pidieron un día nuestros padres, y para otros, quizá, un momento decisivo en su vida que ha marcado todo el tiempo posterior.

Pero siempre cabe esperar una segunda conversión, y hasta una tercera, en el sentido de que el Señor nos invita hoy a una entrega mayor, a tomar una decisión, que, como ocurrió en la vida de los santos, cambie aún más nuestra vida. Siempre será para ahondar más en lo que empezó con la primera conversión. La invitación será entonces a vivir lo que ya somos, como si nos dijera: eres ya salvo y fuiste colocado en el Reino de mi Hijo, vive, por tanto, lo que has recibido; has resucitado con mi Hijo, busca más las cosas de arriba; fuiste hecho templo del Espíritu Santo, vive más la vida del Espíritu.

Toda la vida cristiana es conversión, y como cristiano debo buscar llegar a ser cada día, en cada momento, lo que ya soy por vocación: renacido a la vida de Dios. ¿Hasta qué punto estoy tomando en serio mi condición de discípulo de Jesús?, ¿estoy de verdad dispuesto a seguirle y vivir por Él?

2.- La conversión es algo inacabado. Es un largo camino a recorrer, que no tiene fin ni se termina al empezar una vida nueva en Cristo, sino más bien comienza ahí. Lo que hay que vivir es una **conversión continua...**

Ese paso fundamental, por el que con la gracia de Dios llegué a dar un viraje en mi existencia, debe seguir iluminando mi vida posterior y a él debo remitirme muchas veces como un punto de referencia en los momentos de turbación, vacilación, decaimiento y sobre todo, cuando advierta que no estoy siendo fiel a la marcha que emprendí. Siempre habrá que renovar el don total de sí a Dios.

Si mi conversión fue poco firme, todo se esfumará enseguida y lo consideraré como una emoción del momento.

3.- ¿De qué conversión se trata?

Tanto si la llamada va dirigida al que está viviendo en el pecado, como si es para el que sigue fiel en su vocación, la conversión no es simplemente un cambio de conducta o de comportamientos.

Tampoco es solamente un cambio de pensar, aunque esto significa literalmente la palabra *metanoia*, tal como se emplea en el Nuevo Testamento.

Ambos aspectos deben estar incluidos, pero es necesario algo más. La esencia de la conversión es el cambio del corazón. Así como para Israel era un retornar al amor primero de Dios o a una amistad más íntima, así también para mí, en concreto, significa reanudar una relación más íntima y amorosa con Dios, una relación que quizá se había cortado o no había llegado a cristalizar a pesar de tantas invitaciones.

Este cambio del corazón implica:

- a) **un sincero arrepentimiento** ante mi alejamiento de Dios o ante la dejadez y mediocridad en que estoy viviendo mi relación con El
- b) **una actuación de mi fe**, por la que se me representará claramente el valor de lo que el Señor me ofrece; lo que es el tesoro escondido o la perla preciosa (Mt 13, 41-46) ante todas las demás cosas
- c) **una decisión a entregarme en serio** y volver a vivir más de lleno la transformación realizada por la gracia en mi primera conversión.

B) LA CONVERSIÓN ESENCIALMENTE ES ARREPENTIMIENTO

1.- Cuando el hombre se encuentra con Dios o ha sido tocado profundamente por la gracia, siempre hace la misma pregunta: "*¿Qué he de hacer, Señor?*" (Hch 22, 10), "*¿Qué hemos de hacer, hermanos?*" (Hch 2, 37).

Y la respuesta puede ser la misma que dio Pedro el día de Pentecostés: "*¡Arrepentíos!*"

El arrepentimiento es siempre el elemento decisivo. En la Escritura encontramos unidos:

- **arrepentimiento y conversión:** "*Arrepentios para que vuestros pecados sean borrados*" (Hch 3, 19; 26, 20; Mc 1, 4)
- **arrepentimiento y perdón** (Lc 17, 3 ; 24, 47; Hch 2, 3-8)
- **arrepentimiento y fe** (Hch 20, 21)
- **arrepentimiento y curación** (Mc 6, 12-13).

2.- El arrepentimiento es un don de Dios

Ante la incompatibilidad de la vida que Dios nos ofrece, y el amor o apego que estamos teniendo a otras cosas, a mi pecado, a lo que sea, y bajo una luz interior del Espíritu Santo, que nos ilumina con una gran claridad la realidad verdadera, sentimos un suave impulso hacia la salvación, a la cual podemos acceder o resistir. Es el Señor que nos atrae hacia Sí, respetando siempre nuestra libertad. "*¿desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión?*" (Rm 2, 4).

Sólo el poder del Espíritu Santo, "el Espíritu de la verdad" (Jn 15, 26; 16, 13), es el que convence verdaderamente al hombre de su pecado (Jn 16, 8-9). Y nos convence de nuestro pecado, no para acusarnos o para condenarnos, sino para liberarnos y curarnos.

3.- Con frecuencia se entabla **una lucha interior entre el bien y el mal**, muchas veces dramática, hasta que llegamos a rendirnos a la gracia.

Pero cuántas veces nos desentendemos, o buscamos una evasión, para no tener que enfrentarnos con nosotros mismos y mirar en nuestro interior toda nuestra miseria y fealdad.

Si es grande la dureza del corazón, por constantes infidelidades, aún se hace más difícil el arrepentimiento.

El grado de arrepentimiento a que llegamos nos da la medida de nuestra conversión. Si con frecuencia sigo cometiendo los mismos pecados, mi arrepentimiento es insuficiente. Cuando es profundo, corta todo brote posible.

Siempre debemos dar una gran importancia al arrepentimiento. La autenticidad y sinceridad de nuestra oración depende de ordinario del arrepentimiento que tengamos. Nunca lo demos por supuesto, ya que nuestro corazón cambia constantemente.

Puesto que yo por mí mismo no puedo arrepentirme ni librarme de mi egoísmo, que es la raíz de mis pecados, debo pedir al Espíritu Santo el don del arrepentimiento, sobre todo al acercarme a los sacramentos, o cuando intente encontrarme de verdad con el Señor.

4.- Cuando nos dejamos mover por ese impulso suave del Señor, cuando nos decidimos por el bien, el arrepentimiento nos hace sentir el fruto del Espíritu: amor, alegría, paz (Ga 5, 22). El arrepentimiento en sí ya es liberación del pecado y encuentro con Dios, en el amor y en su gran misericordia.

Por eso la conversión, lo mismo que el arrepentimiento, si bien en ciertos momentos puede revestir una lucha encarnizada, sin embargo, una vez que llegamos a acceder al don de la gracia, se convierte en una verdadera fiesta (Lc 5, 27-29; 15, 20-24), y las lágrimas que pueden sobrevenir, no se sabe si son de dolor o de gozo en el Señor.

C) IMPLICA DOS ASPECTOS ESENCIALES

1.- Un aspecto negativo: que es rechazo de todo lo que se opone a la llamada del Señor, del pecado en general y de cuanto tenga relación con el mismo, no sólo los actos realizados, sino también y de manera especial los comportamientos y actitudes antievangélicas, los criterios y escala de valores, tributarios más bien del espíritu y sabiduría de este mundo y en abierta oposición al sentir del Señor.

En los actos causados principalmente por mi egoísmo o por falta de amor se pone de manifiesto la maldad que se ha ido acumulando en mi corazón, que me definen como tal pecador y enfermo que soy.

Debo rechazar también hábitos y costumbres opuestos a las actitudes del Señor, así como el apego a cosas y personas que coartan la libertad de espíritu.

En definitiva se trata del abandono de mis propios ídolos, que hasta pueden ser cosas lícitas y buenas: *"Todo es lícito, más no todo conviene. Todo es lícito, mas no todo edifica"* (1Co 10, 23).

La conversión significa liberación del pecado, y esta liberación en una gran parte de casos será gradual a medida que vaya entrando en una relación cada vez más íntima con el Señor.

2.- Tenemos también el aspecto positivo de la conversión: volver al Señor, rendirme totalmente a la invitación de su Espíritu.

Es el aspecto verdaderamente decisivo, pues, más que los males presentes o que se temen para después de la muerte, lo que influye y provoca un cambio radical en toda conversión es la experiencia del Reino de Dios, de su vida en nosotros, el encuentro con Él, cualquier manifestación de su amor. En Zaqueo fue la visita de Jesús (Lc 19, 1-10), en la pecadora perdonada fue el Amor de Jesús (Lc 7, 36-50), en Pablo la visión del Cristo resucitado, en los enfermos la experiencia que tuvieron de salvación.

Este aspecto puede significar empezar a vivir como hijo de Dios, como muerto y resucitado con Cristo, como renacido del Espíritu Santo, querer acoger a Jesús como mi Señor y con Él también su espíritu, sus criterios, sus bienaventuranzas su mansedumbre, humildad, pobreza y amor.

En el fondo la conversión se reduce a una humilde aceptación del Señorío de Jesús, o, lo que es lo mismo, a dejar que Él se convierta en el centro de mi propia vida. Y esto exige aprender a ser como El, llegar a conocerle de verdad para imitarle y amarle de corazón.

3.- Toda la ley revelada y todo el Evangelio se reduce a un mandamiento de amor:

"Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos. Le dijo el escriba: Muy bien, Maestro; tienes razón al decir que Él es el único y que no hay otro fuera de Él, y que amarle con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas la fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios" (Mt 12, 29-33).

La vida cristiana es lucha constante entre el amor de Dios y el amor a nosotros mismos y a las cosas de este mundo. Lo santos son los que supieron morir a sí mismos para lograr el verdadero amor de Dios.

El grado de mi conversión se reducirá al final al grado de amor a que yo haya llegado, porque lo que esencial y primordialmente me pide el Señor es que le ame. Y si llego a amarlo de corazón, es cuando todo mi ser habrá alcanzado su estabilidad y realización.

Textos para meditar y orar en la semana

- 1.- Lc 7, 36-50
- 2.- Mc 7, 14-23
- 3.- Lc 15, 11-32
- 4.- Lc 19, 1 -10
- 5.- Lc 18, 9-14
- 6.- 2Co 5, 14-21
- 7.- Fip 3, 7-21

CELEBRACIÓN PENITENCIAL

Después de la exposición del tema se puede hacer una **simple celebración penitencial** del estilo de las que señala el Ritual, pags. 127-188, con vistas a una preparación más fructuosa del sacramento.

Se ha de poner especial insistencia en el arrepentimiento.

Si se aprecia ya un ambiente propicio se puede tener más bien **una celebración comunitaria del sacramento de la penitencia**, con confesión y absolución individual, de acuerdo con Ritual, pags. 55-82.

II.- Conversión y curación interior

OBJETIVO: *Descubrir los aspectos de mi personalidad que más necesitan la liberación del Señor*

INTRODUCCIÓN

La conversión es el comienzo de un nuevo caminar en el Señor. Con ella se inicia en nosotros un proceso de transformación que se irá operando conforme vamos viviendo intensamente la vida del Señor en nosotros.

A muchos sorprende la forma como se acentúa en nosotros, y ahora más que antes, la lucha anterior entre el bien y el mal. Apreciamos claramente que la vida cristiana es un duro combate (Ef 6, 10-20).

San Pablo ha sabido exponer con rasgos muy vivos la lucha y la división interior que sentimos en nuestra naturaleza:

"Realmente, mi proceder no lo comprendo, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... En realidad ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí... Descubro pues esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta..."(Rm 7, 14-25)

Es Jesús el que mejor conoce nuestro corazón cuando nos dice que *"de dentro, del corazón de los hombres, salen las tentaciones malas... todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre"* (Mc 7, 20-23)

Si Él ha triunfado sobre el pecado y sobre todos sus efectos nocivos, podrá Él atacar el mal en su verdadera raíz y realizar en nosotros toda **una curación espiritual** de ciertos males y enfermedades que sólo la fe puede ayudarnos a detectar en el corazón del hombre, cuyo sentido él no puede descubrir por sí mismo.

A) NECESITO UNA CURACIÓN INTERIOR

1.- Si con la fe y la luz del Espíritu escrutamos dentro de nosotros mismos, empezaremos a descubrir cuáles son los mayores escollos con que tropezamos en la vida del Espíritu. Apreciaremos algunos obstáculos más salientes, pero sin duda que habrá muchos que quedarán en la penumbra o que hundan sus raíces hasta las capas más profundas de nuestro ser.

El origen de cada una de estas dificultades suele ser múltiple y a veces muy complejo, pero para más fácil comprensión los podemos reducir a tres grupos:

- a) los que proceden de **nuestra naturaleza**, es decir, de nuestra constitución psíquico-somática, en la que se encuentran las huellas del pecado original, nuestra inclinación al mal, nuestra debilidad moral, y la obnubilación que tenemos para todo lo espiritual.
- b) Todo aquello que pertenece a **nuestra historia personal**, como el medio en que nos criamos, la familia de donde procedemos, la herencia, la educación, la infancia que hemos vivido y, en general, todo el contexto histórico que nos ha rodeado. Todo esto nos

ha condicionado de una forma muy determinada que explica muchos de nuestros comportamientos.

- c) Los **recuerdos y vivencias desagradables**, muchas veces soterrados en el subconsciente pero desde donde siguen actuando en la conducta, juntamente con **los traumas** que se mantienen latentes, y su secuela de comportamientos neuróticos, frustraciones, agresividad, emotividad y afectividad inmaduras, enfermedad de escrúpulos, afecciones psicosomáticas.

El pecado deja siempre una huella en el hombre interior, la cual coarta la libertad de espíritu y puede persistir en forma de odio, envidia, resentimiento, amargura, angustia, complejos de culpabilidad, etc.

2.- ¿Cuáles pueden ser los escollos que resultan insalvables para mí?. ¿En qué área particular de mi personalidad necesito más la acción del Señor?. ¿Cómo verme liberado de ésta y aquella tara que tanto frenan mi caminar en el Espíritu?

Algunas de estas enfermedades interiores requieren el tratamiento de la psicoterapia para que se pueda restablecer el equilibrio afectivo perturbado.

Pero en multitud de casos, y sin descartar el recurso al tratamiento médico, no cabe duda que el Señor puede ejercer su poder de curación, si sabemos someterlo con fe a su acción.

En todo aquello que me impida crecer en la vida del Espíritu o que para mí represente una dificultad especial, el Señor quiere realizar una curación interior. Él, más que yo, anhela que la salvación que recibo de su misericordia sea lo más completa posible, de forma que toda mi persona quede integrada en su armonía divina y me aproxime cada vez más al ideal del hombre perfecto, del *"hombre nuevo creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad"* (Ef 4, 24), de acuerdo con el plan que Dios se propuso al crearme.

La acción de la gracia tiende siempre a restablecer el equilibrio de la primera creación, y verdaderamente *"el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo"* (2 Co 5, 17).

3.- **Todos necesitamos curación interior** en alguna zona determinada de nuestra personalidad, pues nadie se encuentra inmune de pecado ni de cualquier anormalidad. Quizá hasta ahora he vivido una imagen perfeccionista de mí mismo, complaciéndome en mi propia bondad y en los logros de mi esfuerzo, por lo que tengo reparo en verme como enfermo.

Pero dejémonos transparentar por la luz de la verdad y escuchemos lo que también a nosotros nos dice el Espíritu: *"Tú dices: 'Soy rico; me he enriquecido, nada me falta' Y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo"* (Ap 3, 17).

Sólo se puede curar el que se reconoce enfermo y tiene voluntad de curarse.

"¿Es que también nosotros somos ciegos?" le preguntaron a Jesús algunos fariseos, y Él respondió: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís: "vemos", vuestro pecado permanece" (Jn 9, 40-41).

Cuando ante el Señor nos presentamos como los leprosos, como los ciegos, como los paralíticos del Evangelio, y así lo reconocemos ante los hermanos, es cuando la curación empieza de verdad para nosotros.

B) IMPORTANCIA DE LA CURACIÓN INTERIOR EN EL EVANGELIO

Las curaciones que realiza Jesús no son simplemente milagros para demostrar su divinidad o para obtener credibilidad ante sus desconcertantes palabras y contrarrestar el escándalo que provocan.

- a) Ante todo **son un signo de la presencia del Reino** de los Cielos en medio de nosotros, tal como lo habían anunciado los profetas (Is 42, 1-9; 61, 1-2; Mt 11, 2-6; Lc 7, 18-23; 10, 9) un anticipo del estado de perfección que la humanidad alcanzará plenamente cuando el Señor haga nuevas todas las cosas. (Ap 21, 3 -5).
- b) Son también **manifestaciones de la salvación que ha venido a traer** y que aquí, en concreto, con este enfermo, se opera ahora, de acuerdo con su misión mesiánica (Lc 4, 16-22). El triunfo de Jesús sobre Satán, sobre el pecado y todas sus consecuencias tiene esta proyección de curación. Son signo de gracia y bendición, de bendición gratuita, por lo que los Evangelios al hablar de los que son curados dice que fueron "salvados". (Mt 9, 22; Mc 5, 34; 6, 54-56; 10, 52; Lc 17, 19)
- c) Tal como anunció Isaías en su Cuarto Canto del Siervo, el Mesías **realizaría la curación cargando Él mismo con la enfermedad**: *“¡Eran nuestras dolencias las que Él llevaba, y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas”* (Is 53, 4-5; Mt 8, 16-17)

No perdamos nunca de vista esta relación profunda de las curaciones con la redención, por el sacrificio expiatorio de la Cruz: Jesús, que rehusó curarse a sí mismo (Lc 4, 23) se hizo el Buen Samaritano de la humanidad (Lc 10, 29-37) y se identificó con todos los enfermos (Mt 25,36). De aquí deriva el sentido de expiación y redención que puede adquirir todo nuestro sufrimiento si se asocia al suyo.

d). En consonancia con el lenguaje del Evangelio, al decir que fueron "salvados" los que quedaron curados, debemos recalcar que Jesús cuando cura salva, es decir, **cura a toda la persona**.

Por tanto, la curación física no es más que manifestación o exteriorización de la curación que se espera en toda la persona, de manera especial de la curación ocurrida en su espíritu. En otras palabras: la salvación abarca a toda la persona humana y la curación actúa de dentro hacia afuera. En muchas curaciones vemos que esencialmente libera del pecado, y la curación exterior es una consecuencia o repercusión de **la sanción interior**, como, por ejemplo, en el paralítico (Mt 9,1-8; Mc 2, 1-12), en la pecadora perdonada (Lc 7, 36-50), en la mujer encorvada (Lc 13, 10-17).

Esto nos da idea de **dónde se enmarca la curación interior y la importancia que tiene**. Es la curación interior lo que todos necesitamos, y lo que el Señor quiere primordialmente dar a todos los enfermos por los que podemos orar, pues en la curación interior es la que trae "la libertad a los oprimidos" (Lc 4, 17-19).

C) ¿CÓMO SE PUEDE RECIBIR LA CURACIÓN INTERIOR?

1.- La curación interior, puesto que tan profundamente afecta a la persona, es algo sumamente delicado y que exige un gran discernimiento y experiencia.

El primer discernimiento que hay que hacer es ver **si no es más bien competencia del confesor o del psiquiatra**. Si así es, remitamos al hermano al tratamiento competente, sin interferencias por nuestra parte.

2.- La forma ordinaria como se realiza la curación interior y que está al alcance de todos es en el trato sincero y profundo con el Señor. El contacto con el Señor siempre cura.

Cualquier vicio, trauma o malformación que tengamos, si empezamos una relación más íntima con el Señor, abriéndonos a su Espíritu, experimentaremos una sorprendente curación a medida que vayamos creciendo en este diálogo de amor, alabanza y donación total.

Muchos hermanos de la R.C. pueden dar testimonio de cómo, sin esfuerzo, pudieron dejar el tabaco o la droga, o de cómo se vieron libres del resentimiento y llegaron a perdonar de verdad a quien antes no habían podido durante años.

La oración personal es un medio extraordinario para la curación interior de cualquier mal. Si te decides por fin a hacer oración diaria, comprobarás cómo todo empieza a cambiar dentro de ti y como el trato con el Señor te hace más equilibrado.

Si la oración no produjera un cambio apreciable, sería señal de que no se hace oración de verdad, de que la oración es rutinaria, fría, formalista, u oración muerta en la que se busca a sí mismo y se centra en sí, sin llegar al encuentro vivo con Dios.

Acércate a la zarza ardiente y descálzate de ti mismo porque el Dios vivo te habla, te ilumina, te calienta y te transforma.

3.- **Los Sacramentos** son el lugar privilegiado para la curación interior. Cada sacramento produce la curación según la gracia que comunica.

El Bautismo no sólo perdona todos los pecados cometidos sino que también cura y transforma en nueva criatura, pues es despojo del hombre viejo y revestimiento del hombre nuevo (Rm 6, 6; Col 3, 9; Ef 4, 24), nueva creación según la imagen de Dios (Ga 6, 15).

La Eucaristía es también sacramento de curación, medicamento del cuerpo y del alma, ya que nos pone en íntimo contacto con Cristo, médico y salvador. Recibir la comunión del cuerpo y de la sangre del Señor es recibir el abrazo de la humanidad gloriosa de Cristo, que fue inmolido por nuestra salvación. Este abrazo inefable necesariamente nos cura, aunque en esto influye mucho la disposición con que se recibe, la acogida, la fe y la atención que prestamos a la presencia del Señor.

El Sacramento de la Penitencia es el remedio contra el pecado, origen de tantas heridas y desarreglos causados en nuestro espíritu.

Para sacar el máximo partido de sus virtualidades, de manera que se actualice nuestra fe y el arrepentimiento sea más profundo, damos especial importancia a la forma de su celebración: con calma, y con tiempo suficiente, al menos de media hora, confesor y penitente oran juntos. El penitente se acusa después ante el Señor, y luego oran de nuevo para pedir al Señor

discernimiento sobre la raíz principal de los pecados confesados. El confesor hace después una oración de curación interior, con especial insistencia en el arrepentimiento y la liberación interior, dando a continuación la absolución. El efecto que produce así el sacramento es muy profundo.

Se puede consultar: M. SCANLAN, *La fuerza de la reconciliación*, en KOINONIA, Núm. 16, Págs. 11 -13.

La Unción de enfermos es sacramento de curación, principalmente interior, en forma de fortalecimiento, consuelo aliento e iluminación.

4.- **La oración de curación interior** la puede hacer sobre mí o un sacerdote, o un grupo de intercesión, o un hermano con especial discernimiento y carisma para este ministerio.

Después del discernimiento adecuado para identificar la raíz del mal interior, se hace esta oración que esencialmente consiste en presentar al Señor no sólo la enfermedad interior, sino también todo el contexto histórico en que se pudo originar, y todas las ramificaciones que pueda tener en las distintas áreas de la personalidad.

Para que la oración de curación sea efectiva se requiere a veces repetirla en distintas sesiones, pues se trata de todo un proceso regenerador que progresivamente se irá operando.

Es de gran importancia que el hermano por el que se ora ponga todo lo que se precisa de su parte y se comprometa entregándose totalmente al Señor. (Se puede consultar el artículo de M. SCANLAN, *Fallos posibles en el ministerio de la curación interior*, KOINONIA, Núm. 12, págs. 12-16. Ver también Ph. VERHAEGEN, *Introducción a la Renovación en el Espíritu*, Colección Nuevo Pentecostés 1 , Ed. Roma, Barcelona 1979, págs. 86-89).

CELEBRACIÓN DE LA ORACIÓN DE CURACIÓN INTERIOR

Sobre todo el grupo que recibe el Seminario se puede hacer una oración general de curación interior, quizá después de la exposición del tema, o bien otro día.

Ayudará a todos a tomar conciencia por primera vez de aquello en lo que más necesitan la curación del Señor.

Textos para orar y meditar en la semana:

- 1.- Mc 5, 21-43
- 2.- Jn 4, 1-42
- 3.- 2Co 11, 24-33 y 12, 1-10
- 4.- Ef 4, 17-32
- S.- Ga 5, 13-26
- 6.- Mt 5, 1-12
- 7.- Rm 12, 14-21 y 13, 8-1